

LA PALABRA VIVA

Discurso de recepción pronunciado el 6 de mayo de 1941.

POR MANUEL ANTONIO BONILLA

Quiera darme el espíritu de la lengua en que voy a hablar, palabras adecuadas para hacerme digno de este momento y del auditorio que lo realiza con su presencia.

Recuerda la Academia la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, el que se hombreó, ganándole en gloria de siglos, con el vencedor de Lepanto, don Juan de Austria, "hijo del rayo de la guerra, de felice memoria, Carlos V" (1).

Mas bien que de un manto aéreo y luminoso, como el velo de Tanit en la novela de Flaubert, para honrar con él la estatua de Cervantes, quisiera disponer de un haz de palabras vivas para loar dignamente su nombre en el día de su glorificación.

Espanoles, americanos y extranjeros, en incontable cifra, han escrito sobre Cervantes y el *Quijote*; pocos han vencido lo trivial para hundirse en los abismos psicológicos y sacar a flote nuevos y luminosos pensares y sentires sobre tal hombre y tal novela. En América, el ecuatoriano Montalvo, con un libro audaz que ha dado harto que decir a la crítica, y entre nosotros, con estudios ya hondos, ya profundos, han sobresalido Sergio Arboleda, Uribe Angel, Caro, Suárez, Gómez Restrepo, Casas, Carrasquilla, Martínez Silva, Eduardo Zuleta, Julián Motta Salas, con una magnífica imitación, justamente alabada por Sanín Cano y por otros críticos eminentes, y últimamente un afortunado explorador de pluma aquilina, maestro en letras divinas y humanas, ensayista de alto bordo, que es honra de esta corporación, con dos admirables estudios titulados *Prólogo* y *Epilogo del Quijote*.

Y de siglo en siglo habrá hombres que consagren a Cervantes y a su libro lo mejor de mente y corazón, por ser privilegio del genio tener postrada la humanidad a su realeza.

CERVANTES Y EL QUIJOTE

Nada nuevo ni trascendental voy a exponer sobre Cervantes y el *Quijote*. Lo que se ha escrito que valga y lo que falta por decir es tarca reservada a grandes maestros, conforme lo estiman altos pensadores: "Cervantes, un paciente hidalgo que escribió un libro, se

(1) Este acto debió ser el 23 de abril, día de Cervantes; por eso se escribió este elogio.

halla sentado en los eliseos prados hace tres siglos, y aguarda, repartiéndose alrededor melancólicas miradas, a que le nazca un nieto capaz de entenderlo”, dice Ortega y Gasset. “Para hablar de Cervantes necesitaríase un gran libro, que aún no se ha escrito, y un gran ingenio, que no ha nacido aún”, dijo el que compuso el mejor libro sobre el ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra (1).

“Caballeros, yo soy Miguel de Cervantes Saavedra, poeta de espada, y en prueba de ello, manco”. Así, con sencillez sublime de genio, Víctor Hugo presenta al genio en el libro que escribió para honrar el nombre de Shakespeare. Nadie sería osado a ensayar otro linaje de presentación que bien dijera del supremo emperador en los vastos dominios del decir castellano. Las ediciones innumerables que en casi todos los hablantes del globo se han hecho del *Quijote*, los centenarios apoteósicos y las estatuas que en tantas metrópolis donde se hablan la propia o extrañas lenguas levantan al cielo la gloria de España en el rostro aguileño de Miguel de Cervantes, diciendo están que se trata de un gran señor que, por obra de predestinación divina, se sale del nivel común de la humanidad.

Historias y crónicas peninsulares y americanas nos dicen de claros varones que de lejanas tierras vinieron con *alas de audacia* a ganar estas Indias occidentales para la corona de España, en cuyos dominios jamás declinaba el sol. Cortés, Pizarro, Valdivia, Quesada, Belalcázar, Robledo... evocan en nuestro espíritu la pujanza guerrera que floreció más que en ninguna otra gente en los pechos bronceados de los hijos de España, cuando allá se llamaban la cosa conquista de Granada y descubrimiento de América, y los hombres, Carlos V y Felipe II. Pero ni historiador ni cronista nos dicen cómo un recio conquistador espiritual, más grande que los otros juntos porque manejó la espada y la pluma con la eficacia de un triunfador sin ejemplo, alcanzó para España la conquista del mundo entero con un libro que Francisco Robles editó y Juan de la Cuesta hizo crecer en brazos de la estampa, allá por los días de 1605, con el título de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, sobre cuya portada hay un ave vigilante por cima de un león en reposo, símbolo de alas y de fuerza, y blasón de vieja data tenido en tierras libres de España.

“En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”... Así comienza el libro, con esa cláusula tan bien tejida, llena de música y sencillez, que nos hace pensar en los movimientos acompasados de los planetas. Si al leer el *Quijote* ponéis los cinco sentidos, notaréis desde luego que una atracción poderosa, espiritual, va ahogando el fondo de la historia hasta sólo dejar en vuestros oídos el rumor de una música que se apodera del alma y la sublima, en lo que acaso consista uno de los sortilegios que ese libro encierra para cuantos en él ponen con delectación los ojos y el entendimiento. Es que la música es el ala de eternidad que cobra la palabra, palabra sin armonía

(1) Francisco Navarro y Ledesma.

es saeta sin la pluma que la hace volar. "Todas las cosas profundas son canto... El corazón de la naturaleza es por todas partes música"... ha dicho Carlyle; verdades que se evidencian con sólo advertir la imposibilidad de sondear el cielo, donde creían oír los griegos la armonía de las esferas, y la de sondear el océano, cuyo mejor canto es la tempestad, si ya no lo queremos oír en el rumor de las que Homero llamó innumerables sonrisas de las olas. Pues probad si son profundos el *Quijote*, las tragedias de Shakespeare y la *Divina Comedia*, para saber que en ellos reside el mejor canto.

En esa caja de músicas divinas encerró su alma, y con ella el alma de España, el viejo aventurero que en sus peregrinaciones por tierras y mares aprehendió en su espíritu, la más sublime antena que en lo infinito se empinó, para trasladarlos a sus obras, la claridad mediterránea, el hálito jocundo de los cielos itálicos y la inagotable idealidad del azul de los cielos, del azul de los mares, del azul de los montes, que pusieron como un halo de ensueño y de esperanza en aquel hombre atenaceado siempre como Edipo por la mano férrea de los destinos trágicos.

Huelga hablar a un español o a un hispanoamericano del fondo y de la forma del libro mayor de Cervantes, donde se dan la mano el barro y el ideal y donde palpita la vida humana con sus estrechamientos de dolor o de felicidad; y sería lugar común glosar la verdad que celan los versos del autor de *Los buenos y los sabios*:

Los verdaderos hombres que han nacido
son Fausto, don Quijote y Segismundo.

No se crea que así no más va uno apoderándose del sentido y del valor del *Quijote*. Dice Ortega y Gasset que una obra de esta clase tiene que ser tomada como Jericó: "En amplios giros, nuestros pensamientos y nuestras emociones han de ir la estrechando lentamente, dando al aire como sonos de ideales trompetas". Por eso no es aventurado decir que el contenido de ese libro es como si la vía láctea hubiera bajado a esconderse en sus entrañas.

Abrid por cualquier parte el *Quijote*, y allí estará un prodigio; de la entraña de esa obra sacan todos los días nuevas corrientes de belleza, sin jamás agotarla, cuantos tienen luces y arrestos para ello. Supongamos que al abrir por primera vez el libro dais con la escena de Clavileño. Sabéis de algún comentador del *Quijote* que haya visto en toda su majestad e integridad lo que oculta el mito de Clavileño? Y es raro que ninguno se haya detenido en esta parte, porque esas páginas deslumbran, queman con tal intensidad, que son las mismas llamas del cielo las que han llegado a poner allí un toque de hermosura sobrehumana. Es como si la maga Urganda viniese en sus galeras de fuego a traernos un mensaje estelar sembrado de palabras vivas y concebido con expresiones de misterio. De la clavija de ese caballo de madera, superior al de Troya, mana un raudal de sueños y encantamientos, cual otros tantos chorros de luz que saltaran de algún surtidor abierto en las alturas. Pegaso no batió mejores alas ni los mayores poetas se han encumbrado como don Qui-

jote y Sancho en la solemne ocasión de su victoria. ¿Qué hipogrifos, qué dragones encantados, qué águilas jupiterinas, qué máquinas antiguas y modernas le ganan en velocidad a este Clavileño que en un segundo asalta la constelación de las Cabrillas y da motivo para que Sancho las cuente y discierna bonitamente sus colores? ¿Pues no fue de allá de donde caballero y escudero bajaron la cordura, el mejor don, para poner término a las aventuras desventuradas del que vivió loco y murió cuerdo? Pensad en todo lo que sugiere este episodio del libro de Cervantes, y dejad volar la imaginación por las muchas vías que conducen a la belleza: allí estará palpitante el ideal.

Los cervantistas o cervantófilos, dice Navarro y Ledesma, en vez de estudiar seria y honradamente el valor y significación de este gran poeta, el mayor genio de que la humanidad entera pueda ufanarse, se han contentado con hablar de si el autor del *Quijote* era geógrafo, jurisconsulto, médico, administrador o militar. Es más, hasta se le ha negado el título de poeta en verso, como si no hubiese compuesto los sonetos y romances más admirables que se han escrito en castellano, y como si no hubiese sido un dramaturgo de primer orden, pues las obras teatrales de Cervantes son el antecedente necesario de las de Lope de Vega, y el inmortal autor del *Quijote* es el mayor y más ilustre dramaturgo anterior a Lope, y uno de los más grandes del mundo.

Don Quijote, dice Díaz Rodríguez en su *Camino de perfección*, se ha sentado más de una vez a manteles con nosotros; más de una vez le hemos visto aparecer y desaparecer por nuestros campos de batalla, cuando no le hemos oído gritando a los cuatro vientos del espíritu, en la lengua de Francisco de Asís, que es la misma lengua de Cristo, las palabras de belleza que estos poetas divinos dejaron, con visorosa voluntad de amor, como simientes preciosas rezagadas para el rebusco de la era.

No hay lanza forjada todavía que parta el corazón de don Quijote, ni fama alguna de caballero andante menoscaba la áurea luz de su yelmo de oro fino.... Y nada prevalecerá contra él, mientras quede un corazón encendido en púrpura de amor; mientras bañe y perfume nuestras llagas el rocío de la ingenua caridad evangélica; mientras los hombres alimentemos con lo mejor de nuestra sangre el ideal de la justicia; mientras pongamos sobre nuestras frentes, por sobre todas las cosas, como el arca santa del espíritu, el desinterés del heroísmo, de la ciencia y del arte; mientras haya un solo destello de idealidad que sonría como una promesa de aurora sobre la infamia del mundo.

Para remate de esta desunitada disertación, tomo el bello final con que monseñor Castro Silva termina su *Prólogo del Quijote*: "La vida va a comenzar cuando Alonso Quijano se pierda en el horizonte de esta llanura de Montiel.... Ya va muy lejos.... tan lejos que no sé si la lanza que lleva don Quijote es hierro que va a enristrarse contra los agravios de los hombres, o es saeta indicadora de nuestros destinos inmortales".

ELOGIO DEL MAESTRO

Por voluntad de la Academia vengo a ocupar inmerecidamente el puesto que a buen título había ganado don Martín Restrepo Mejía, ilustre sucesor de don Enrique Alvarez Bonilla, gran señor este de virtudes y letras, autor didáctico, publicista y profesor de renombre, y cuyo predecesor fue don Rufino José Cuervo, nombre que basta a justificar el respeto y temor que se sienten con sólo acercarse a las puertas de esta casa.

Fue Restrepo Mejía, ante todo, un educador, maestro de altas ejecutorias, profesor que dilató en el tiempo, con excelentes obras didácticas, su labor de las aulas; pedagogo que con su hermano don Luis escribió un libro que por largos años mostró científicamente cómo se cultiva, cómo se dirige y cómo se enseña a los hombres, desde niños. Esto sería suficiente motivo para ofrecerle un lauro de gratitud.

Pero también mereció el dictado de bueno, porque hizo el bien, no sólo a sus alumnos, sino a los demás, a la humanidad necesitada; y como fue hombre de buena voluntad, distinción rara porque implica un continuo apostolado de virtud y abnegación, he aquí otro motivo para concederle un nuevo lauro.

Y como, a fuer de profesor, fue como todos ellos un paria en medio de nuestras sociedades que se dicen justas y agradecidas, por eso también merece otro laurel, más fresco y lozano que los demás.

Ultimamente cultivaba en apartado centro sus dotes de escritor sencillo y castizo, ocupándose en obras históricas noveladas, relativas a nuestra patria, con lo que no desmintió, hasta morir, dos de sus mejores cualidades: consagración y laboriosidad.

En buena hora que se corone al bardo y se honre al ciudadano que da a la patria larga prole de hijos útiles y buenos; que se promuevan y se realicen concursos industriales y literarios; que la paz tenga altares y culto; que sociedades y gobiernos se interesen porque el progreso vaya desencogiendo sus músculos poderosos... pero olvidáis al maestro, creéis que con el auxilio que le da el fisco queda bien pagado; y hacéis mal, pueblos de la tierra, porque el maestro moldea los ciudadanos, y ellos forman los pueblos, y éstos se dan las manos, aun a través de los mares, para llamarse hermanos en la cultura y para llenar todos los mundos, y los mundos pregonan los adelantos materiales y espirituales del universo.

La obra del maestro es como la del buen viento que por los cielos se va regando semillas, las cuales, caigan dondequiera, despertarán una espiga, un laurel, un olivo, un roble, una montaña.... Si cabe mayor glorificación que la contenida en el sólo nombre de *maestro*, palabra que exaltó, que hizo santa, inmortal, el mismo Dios, aprestad coronas y palmas para deponerlas ante los que se entregan con todo el corazón al servicio de la humanidad.

Somos olvidadizos, somos egoístas y vamos pasando de largo sin agradecer la sombra hermana de la ceiba ni el agua clara de la fuente; somos ánforas rotas que dejan escapar la onda de la gratitud que debía dormir en el fondo esclarecido. Por eso hay que de-

cir una y más veces: agradeced, llevad la azucena del reconocimiento al patriarca del bien; ¡no lo olvidéis! Pues ahí está aquel buen ciudadano, noble en ancha medida, que no solamente por el estipendio, siempre escaso, con que nutre y viste a los suyos, sino porque esa es su misión, porque así conviene a su temperamento, se ha encargado de enseñar la ciencia, en cuanto es posible, y el amor a Dios y a los hombres, a una juventud que acaso estime ese esfuerzo y ese sacrificio. Encorvado en el mismo puesto, ni sabe a qué hora sale el sol ni en qué momento se esconde, porque necesita todos los instantes para atender a su lámpara y para que ande el trabajo en el santuario de la escuela.

Pero hay que seguir, y él sigue sereno, henchido de amor santo, trabajando en la era, labrador de las almas, todavía fecunda con su presencia los gérmenes preciosos.

Así te presentaste a las gentes, maestro de niños, de jóvenes, de hombres. El tiempo te ciñó una corona de plata, el amor muchas de flores, y talvez la envidia hincó sus espinas en tus sienas. Sembraste, y tu copiosa cosecha no cupo en los graneros; por eso la patria tiene grabado tu nombre en sus anales, y en esta Academia vigilará para que no se caiga de la memoria de los hombres.

Leyó Restrepo Mejía un estudio profundo sobre *la palabra* para justificar su admisión como miembro de número de esta Academia. Ese es el primer capítulo de un gran libro que hay que escribir, pero que jamás ha de llegar a su término. Yo acabo de arreglar el segundo capítulo, con el nombre de *La palabra viva*, en la forma que oiréis a continuación.

LA PALABRA

Como prueba infalible de la existencia de Dios emerge el castillo místico de la literatura universal en el espacio y en el tiempo, en el ensueño y en la eternidad, comienza diciendo un historiador literario (1). Y así es, que por cima de todo lo creado y lo increado están las obras del espíritu proclamando la gloria de Dios y el supremo poder de la inteligencia, con tal verdad y eficacia, que por ellas se explican y evidencian las palabras de Shakespeare: "Mis versos se leerán mientras haya seres humanos que respiren, y han de durar más que los yelmos de los tiranos y sus sepulcros de metal".

La palabra nos es tan necesaria como la luz, con la cual tiene afinidad; los vocablos *luz* y *palabra*, nos dicen los sabios, llevan la misma raíz en griego que en sánscrito. Dios habló, y fue la luz. La palabra es la luz de la humanidad, como la luz es la palabra de la naturaleza. San Juan nos enseña que en el principio la palabra existía sólo en Dios, la vida sólo en la palabra, y que la luz era la vida.

Pero no hay que hacer esfuerzo para establecer la equivalencia de la luz y la palabra: pruébalo la estatua de Memnón en Tebas, que herida por los rayos del sol, producía sonidos como de voz humana. Indudable que la luz o el fuego, su afinidad, es el instru-

(1) Klabund.

mento de que se vale Dios para hablar a los hombres en la Escritura, siendo él mismo puro fuego, según lo sintió santa Teresa, quien nos habla en sus *Moradas* de "ese brasero encendido que es mi Dios". Los rayos del Sinaí, la estrella de los magos, las lenguas de fuego de Pentecostés y el rayo que fulminó a san Pablo, son la misma palabra que en principio hizo la luz.

Engendrada la palabra en el caos prehistórico, en el proceso lingüístico de los siglos, de que son clave los glosarios de cada edad, en los fueros de poblaciones, en el mar de códices y crónicas primitivos, y en el habla popular, como sucede con la lengua española, ha llegado a formar el océano (la avenida de muchas lenguas de que habla el padre Mariana), que constituye el idioma hablado por cien millones de hombres y que no cabe en el léxico porque lo incommensurable necesita por continente lo infinito. Encasilladas las voces en el diccionario, reciben el alma que les da el espíritu de los escritores, los cuales, poetas y prosistas, las combinan de tal modo, joyeros del ideal, que mal año para el mágico Hefesto, en los relatos de las viejas mitologías forjador de los rayos de Júpiter, de las gemas de las deidades, y de las armas, flechas y escudos de los héroes esclarecidos. Pues así son las palabras de una lengua, y de perenne fama las obras que originan, si fueron hechas con palabras vivas que traspasen, saetas de fuego, las regiones de la eternidad. "Parece cosa bordada con rayos de arco iris sobre fondo de negrura eterna", dice Carlyle hablando del cuadro de Francesca y su amante en la *Divina Comedia*.

El hombre no crea palabras inútiles, dice Sully-Prudhomme; pero en lenguas como la nuestra abundan tanto, con tal copia de *sinónimos*, que todavía no ha nacido el filólogo que nos dé las acepciones de éstos, perfectamente deslindadas, de donde surge para todos los que han de hablar o escribir, el defecto capital de nuestras letras llamado *imprecisión*, a lo que se agrega la perplejidad producida en este punto por el diccionario oficial. Así pues cada palabra tiene su valor, y sucede en esto como con las ideas, clasificadas por Rubén Darío en "reales, augustas, medianas, bajas, viles, abyectas, miserables: todo en ellas ocurre como en los hombres, y así son unas porfirogénitas, otras plebeyas; y como el hombre también, unas mueren y caen en el olvido, otras ascienden a la inmortalidad por la suma gloria del genio".

Si pensar es hablar, como quiere Novalis, los más altos pensamientos demandan palabras dignas de ellos, por lo cual esas nobles ideas de que habla Darío son las que se refugian en el seno de las palabras vivas, para proclamar el imperio del espíritu sobre las cosas. Dios sobre todo, y sobre todo lo demás, la idea, que dijo el poeta.

¡Tarea heroica la de buscar y hallar las palabras propias que han de dar noble vestidura al fondo del discurso!

Las letras francesas, mejor que otras literaturas, nos ofrecen los casos más peregrinos de autores que, para dar forma impecable a sus producciones, consagraron a la palabra culto idolátrico, de que no hay ejemplo en las historias literarias, sólo comparable al que profesaron los pitagóricos a la excelencia de los números.

Pruébanlo la torutra por la búsqueda de la palabra justa, del epíteto exacto, de la frase sonora, sin repeticiones, con alas, que atormentaba a Gustavo Flaubert; la curiosidad especial por la palabra inusitada, colorida, y la preocupación de joyero engastador de piedras raras, que quitaban el sueño a Teófilo Gautier; la sabia, la impasible pesquisa del vocablo arcaico, que dominaba a Leconte de Lisle; y en los hermanos Goncourt, el deseo insatisfecho de llevar a su estilo, de encerrar en sus obras la emoción que sentían no tanto como escritores, sino como artistas hábiles en todas las perfecciones del dibujo, de la acuarela, de la acción corrosiva del agua fuerte, como que fueron pintores y grabadores antes de haber sido literatos. ¿Esta no es una manera, la más penosa y prolífica, de buscar emociones? Eso hace el torrente, que después de atormentar sus linfas contra las piedras, entrega al azul sus chorros limpios para que los irise el sol de la mañana.

Mas precisa aclarar los conceptos: no es lo mismo ir a caza de palabras que el dar con las propias, con las vivas, cuya combinación produce inesperadamente las reverberaciones extrahumanas. El poeta de *Las contemplaciones* dormitó largo tiempo, especialmente atribuyendo esencial importancia a la rima, dice Guyau, pues cayó en la adoración de la palabra, confundiéndola completamente con la idea. El culto de lo pintoresco, que sobre todo se halla en las palabras, sustituye entonces al de la verdadera belleza que reside principalmente en la realidad y en el pensamiento.

LA BELLEZA IDEAL, LA EMOCION ESTETICA Y EL ARTE PURO

Sin la emoción estética desaparecería la palabra viva, para convertirse en esa cosa que se llama simplemente *palabra*.

Uno de los principales motivos que dieron primacía y originalidad a Rubén Darío para la creación de poemas que determinaron rumbos nuevos a la poesía española e hispanoamericana, fue el enjambre de emociones que en sus mejores cantos palpitan, las cuales sólo despiertan a la evocación de palabras vivas, cuyos dueños son los artistas que dejan huellas de soles a su paso.

Hay que saber combinar la idea con la palabra, porque hay belleza ideal de pensamiento y de ejecución; y la obra perfecta de arte debe reunir ambas cualidades. Artista perfecto será el que sabe juntar en admirable proporción el estudio de la naturaleza con el de la hermosura ideal, que el padre Arteaga definió filosóficamente en un libro de valor estético admirable. Y hay que *saturar de espíritu* la naturaleza para producir verdaderas obras de arte, como Granada en su *Introducción al símbolo*; como Gabriel Miró en sus novelas; como Pombo, que confundió su espíritu con el de la naturaleza caucana para resumirla idealmente en las redondillas de *El bambuco*; como Gutiérrez González que, emulando a Virgilio, de la agricultura de su terruño hizo una geórgica inmortal; como José Joaquín Casas, que volcó las riquezas de su espíritu sobre las cosas de la tierra para ofrecernos la esplendidez de sus poemas, y como Gómez Res-

trepo, en sus soberbias condensaciones de la naturaleza de nuestra sabana.

Hay una *fiebre del cerebro*, enfermedad de los artistas puros (de que habló Guyau, con imagen lucidísima, en uno de sus mejores libros), seres naturalmente vibrantes, sensibles, nerviosos, que sufren los efectos de los ruidos, de los colores, de los olores, y que encuentran, por el contrario, beatitudes exquisitas, goces profundos, en ciertas delicadezas que escapan a los artistas menos refinados; cuya sensibilidad desborda incontinentemente, pues son naturalezas excepcionales, admirablemente dispuestas para los placeres del espíritu, pero no menos admirablemente dotadas para el sufrimiento. Esta fiebre del cerebro, dice un crítico francés, frase terrible, de lágrimas y duelo, llevada hasta el paroxismo, mató a Julio de Goncourt y rompió ese maravilloso instrumento de arte.

Otro caso es el de Tonnellé, pues según Menéndez y Pelayo, la emoción estética era en él tan profunda, tan eficaz, tan intensa, que llegaba a trocarse en verdadero martirio; por eso sostuvo la aparente paradoja de que la belleza y el arte no son motivos de goces sino "deliciosa fuente de tormentos". Esta sed interior del alma, este arranque hacia lo infinito, era la razón de que Tonnellé no pudiera concebir el arte separado de su fuente y de su origen celestial. Recordemos, decía, las lágrimas que derramó Enrique Heine a los pies de la Venus de Milo el día en que conoció por primera vez tener necesidad de apoyarse en algo más fuerte y más alto que él; cuando su alma de artista, su naturaleza tan profundamente estética, sintió del modo más amargo la insuficiencia de lo que fue su única religión, el arte, y vio caer la belleza humana, el más ardiente de sus cultos.

Por todo esto hemos de convenir en que la palabra humana es impotente para transmitir a los oyentes o lectores la emoción que nos produce lo bello. ¿Cómo pintar con palabras la emoción que experimentamos ante un espectáculo sublime de la naturaleza, como el cielo sereno o el mar en borrasca, o ante una obra maestra del arte? dice Winckelmann. No hay medio adecuado para ello, y sólo la contemplación de la obra misma o del espectáculo natural puede darnos la impresión o la emoción de lo bello.

"La idea de la belleza pura parece la cosa del mundo más simple y más fácil, como el agua más perfecta de una fuente límpida, que cuanto menos gusto tiene es más salubre, estando libre de toda partícula extraña: porque no son necesarias para conocerla ni lucubraciones filosóficas, ni estudios sobre las pasiones" (1). Y sin embargo, ¡cuánto esfuerzo intelectual no demanda esa belleza para ser manifiesta! Tanto, que para ello se necesitan los atributos del artista verdadero, del genio. Piensa éste, y de su mente saltan obras maestras; habla, y de su boca pende el hilo de oro de la elocuencia, con que Platón creía se comunicaba el cielo con la tierra. Sólo ellos pueden alumbrar los limbos donde se ocultan a los profanos la misteriosa germinación y el desenvolvimiento ideal de esa cosa inefable

(1) Winckelmann.

que se llama el arte puro, o sea *la realización de lo ideal y la idealización de lo real*, todo a un mismo tiempo.

De esta manera será fácil al hombre acercarse al ideal de Alfredo de Vigny: "Un libro, tal como yo lo concibo, debe estar compuesto, dorado, esculpido, tallado, rematado, limado y pulido como una estatua de mármol de Paros".

Todo esto puede conducir al arte refinado, pero no siempre ser causa de la belleza pura alcanzada por medio de la palabra viva, que, como se verá después, se oculta en lo sencillo y natural antes que en lo artificioso y lo complejo.

LA PALABRA VIVA

A la sombra del árbol milenar de Horacio, cuyas ramas cobijan multitud de pueblos y cuyas hojas son las palabras de una lengua que se van renovando al paso de las edades, cual las otras al cambio de las estaciones, quisiera que nos congregáramos un momento, no tanto para tributarle cordial homenaje al poeta latino, como para ver que no todas estas palabras cambian, sino que muchas permanecen, gajos predilectos, donde da más la luz y más vivamente penetra el viento de la vida: son las palabras, tema de mi discurso.

Yerran de barra a barra los que creen que lo sumo del arte literario está en escribir como se habla, contra lo que reza el aforismo: "Escribir es escoger, y hablar es dejar correr"; contra lo expuesto por Winckelmann: "Sería absurdo reproducir una idea noble por signos vulgares, o ejecutar una melodía inspirada en un instrumento imperfecto o desafinado". Además, el buen sentido manda respetar la dignidad del oyente o del lector, para ofrecerle, no en el "plebeyo barro mal tostado, sino en el vaso murrino preciado", que dijo el clásico, el vino espiritual de las ideas; que a ningún escritor le está permitido, sin pecar gravemente contra el espíritu, vestir con ropas humildes lo más noble del hombre, el pensamiento, el cual vale más que el universo, como apuntó genialmente san Juan de la Cruz. Ello es que hay escritores bienhallados con el manto de plomo de su estilo, que no perciben el encanto artístico de la clámide apolínea, a la ligera ondulación de sus pliegues, ni la gracia y donaire que despiden los movimientos de Afrodita cuando emerge risueña de la espuma del mar (1).

Un maestro antiguo, Alfonso el Sabio, el verdadero creador de la literatura española, "de cuya cabeza salió la prosa castellana armada de todas armas, como la Minerva clásica", nos dejó dicho en sus *Saberes* del trivio y del cuadrivio, que "la forma ha de ser fecha por palabras apuestas et ferrosas et bien ordenadas"; y el otro maestro, Cervantes, expresó tres siglos después, en el prólogo del *Quijote*, su concepto sobre el estilo, todo lo cual se resume en *lógica, noble-*

(1) Los dioses han dado al hombre la palabra, a condición de que diga cosas bellas. — CALCIDIO, ALEJANDRINO.

za, *música y claridad*, que fue lo puesto, fuera del genio, en sus obras por esos escritores, y que es lo que así mandado y practicado por ellos constituye la esencia del estilo.

Quizá lo que impide, en el estado actual de nuestra lengua, aprovechar la palabra viva para producir obras con vistas a lo eterno, es el abuso del lenguaje, la intemperancia de la palabra, ese "pecado original del espíritu griego (y también del español) que embota el resorte de las almas". Dicen algunos preceptistas que lo más humanamente hermoso en materia de elocución sería que no hubiese necesidad de figuras, que existiera una palabra para cada objeto, para cada idea, para cada situación del ánimo, así como en el mundo vegetal hay un matiz para cada planta; y que las épocas clásicas de la literatura han sido menos abundantes en hojarasca retórica y en elocución figurada, que las épocas decadentes... Aca-so haya en esto una parte de verdad; pero con tal criterio es indudable que retrocederíamos a las épocas primitivas, pues para referirnos únicamente a la metáfora, hay que oír a Cuervo, quien dice que "teniendo ella por base la semejanza real o imaginaria de los objetos, dispone de campo vastísimo, por lo cual *ha contribuido poderosamente al enriquecimiento de las lenguas*". Y el señor Caro dijo en su *Contradiálogo de las letras*, que la historia de cada palabra no es más que una evolución peregrina de imágenes y metáforas. Además, hay figuras y recursos retóricos que son elementos indispensables de las lenguas, de tiempo atrás y en todo momento. Sin las comparaciones cortas y extensas, sin las metáforas y epítetos de Homero, perderían la *Iliada* y la *Odisea* la mitad de su valor; el libro de Isaías contiene tal esplendor y magnificencia literaria, que ningún escritor profano se le acerca; y el *Cantar de los cantares* es un poema vivo de amor, envuelto en púrpura, en oro y en fragancias, que sólo pudo nacer en la mente encendida de un monarca oriental. Ni fray Luis de León, ni santa Teresa, la de la *elegancia desafiada*, ni menos el autor de la *Introducción al símbolo*, escaparon al señuelo de la elocución figurada, porque ella, como la luz, lo invade todo en la manifestación del pensamiento.

Así como elevan el alma por el aspecto divino, asombran por el literario muchas expresiones de la Biblia: "Mis hermanos han pasado de largo por delante de mí, como pasa un rápido torrente por las cañadas" (Job); "En aquel día la viña del vino rico le cantará alabanzas al Señor" (Isaías); "El es el que extendió los cielos como un velo o cosa muy leve, y los desplegó como una tienda de campaña en que se ha de habitar" (Isaías). ¿Pues no son de la Biblia las mejores expresiones de los poetas antiguos y modernos? ¿El llamado divino Herrera, no puso en sus versos, como el autor de la *Epístola moral*, abundantes versículos bíblicos? ¿Olmedo no nos hace recordar al profeta Habacuc: "Encorvóronse los collados del mundo al pasar el Eterno"? ¿Rodrigo Caro no nos hace pensar en este pasaje de los Macabeos: "Y enmudeció la tierra delante de Alejandro"? ¿Y nuestro José Eusebio Caro no se le acerca en sublimidad a Isaías: "Quién es aquel que ha metido las aguas del océano en el hueco de la palma de su mano, y extendiendo ésta ha pesado los cielos"?

Mas conviene dar alguna idea de lo que es la palabra viva, concepto abstracto que, como el de la belleza, se siente pero es difícil explicarlo.

La palabra viva es la que produce la belleza pura, de tal suerte que si la prosa escrita con palabras vivas es una estatua de mármol tocada de eternidad, yo me imaginaria el verso forjado de igual modo (si es cierto que la palabra es luz y que con ella se conquista el mundo espiritual) como una espada suspensa, que por obra de magia se fuera despojando de su contenido material, hasta sólo dejar temblando en el aire, convertida en luz, la imagen intangible que la representa.

Otro emblema, con significado humano, podría ser el siguiente:

Así como lo blanco simboliza la gloria del paraíso, y lo rojo, el fuego, es el vestido de la Divinidad, de igual modo lo azul es el ropaje luminoso del universo. Pues con todo ello, a lo azul le faltaba alguna cosa. No satisfecho con ocupar todo el cielo, quiso participar del movimiento del océano y se alió con él en majestuosa fraternidad; cansado de lo doblemente inmenso, resolvió cobijar los montes con sus alas; empequeñeciéndose más, buscó vida en los lagos y se puso a retozar con los peces en la corriente de los ríos; pero inconforme todavía, tomando un rayo de sol penetró en la tierra, y reduciendo su espléndida inmensidad, se refugió en la entraña del zafiro; hasta que en un postrer arranque, buscando belleza, calor y vida, saltó como por milagro a unos ojos de mujer, donde además encontró amor y ternura; y allí permanece, chispa celestial, mejor que en lo infinito, como un prodigio del cielo y de la tierra.

Algo así es la palabra viva, la cual tiene afinidad con el agua purísima que canta debajo de la tierra, con el celaje intocado que abre sus palmas de nieve en la mañana.... Algo parecido a la virginidad de las cosas, como la tuvieron el primer día de la creación, o cual ese lazo impalpable que une lo misterioso estelar con las bellezas de la tierra, y que yo no sabría explicároslo sino trayendo a vuestra mente la antigua tradición que nos dice se puede encontrar en una copa de oro allí donde el arco iris toca el suelo.

Estas cosas de la palabra viva no pueden explicarse sino por sus efectos. Si al leer un poema o un libro sentís que en vuestra alma se van despertando luces que la esclarecen, o ya fuegos que la queman completamente, como esas figuras envueltas en llamas que vemos en los retablos del purgatorio, contad con que por ahí anda la palabra viva, hermanándose con la misma zarza ardiendo del Horreb, para gloria de Dios y goce supremo de los hombres.

Gusta de anidar lo sublime en lo natural, por lo sencillo, que por otra parte es lo más difícil de la tierra; por lo cual la palabra viva, vestidura de lo sublime, no puede estar en la grandilocuencia del discurso, así como el Señor no siempre está en el terremoto, ni en el rayo, ni en la tempestad. En la montaña de la visión Dios le dice a Elías: "Sal, y muéstrate en la montaña ante mi faz." La escena no puede ser más imponente. El Señor va a pasar. Levántase una tempestad espantosa que quiebra los peñascos; pero el Señor no está allí. Después de la tempestad tiembla toda la tierra; y el

Señor no está en el terremoto. Después del terremoto, el rayo; y el Señor no está en el rayo. Pero entonces se levanta un vientecillo delgado como un céfiro; y el profeta tomó su manto para velarse el rostro. “Una discreción singular, profunda, espantosa, dice Ernesto Hello, se cierne sobre este momento de la narración, sobre el airecillo suave y lo que él mismo contiene; nosotros no podemos comprenderla más que por sus efectos: *Elias tomó su manto para velarse el rostro*. No sabemos otra cosa. Y los más gigantescos esfuerzos de los hombres no lograrían alcanzar ni contener tanto como esas breves palabras. Se presente que quien las dice renuncia a expresar otra cosa, y se refugia en lo infinitamente pequeño, abismado en el terror de lo infinitamente grande”.

Pues la palabra viva, que también es como un céfiro de gloria, le sigue los vuelos al Creador.

La palabra viva tiene relación con el “golpe intuitivo” de que hablaban los Plotinos y Jámblicos en la iluminación de lo divino; nos hunde en los misterios cósmicos hacia los cuales tienden las escalas de luz de sus versos los genios de la poesía; y reduciendo el círculo, la palabra viva nos hace pensar en el árbol que canta, de *Las mil y una noches*; suministró los materiales para la construcción de ese palacio encantado, *La vida es sueño* de Calderón; equipó divinamente a Góngora, “el mayor de los líricos españoles, el poeta de las condensaciones, que ha visto la segunda realidad de las cosas” (1); el que “era como una cítara”, cuya extremada armonía “la percibían pocos, que no era para muchos” (2), para que pudieran ofrecernos, a trueque de la incomprensión y del desprecio, el más sublime legado de belleza que han visto los hombres y que hoy mismo es como el sol en cuyo torno giran las mariposas del modernismo literario; infiltró en el alma sensitiva de Bécquer, otro incomprendido, el espíritu de las *Rimas*, dechado sin par de poesía, la cual, después del sueño secular de la belleza, resucitó limpia, aérea, sobria, luminosa, en la lira del poeta; puso en la pluma de Gabriel Miró, casi desconocido entre nosotros, las imágenes más vivas, profundamente bellas y originales: “Paulina sentía un ímpetu gozoso de retozar y derribarse en la hierba cencida, que crujía como una ropa de terciopelo. El cielo se le acercaba hasta comunicarle al tacto del azul, acariciándola como un esposo, dejándola el olor y la delicia de la tarde”; o bien: “El silencio la traspasaba como una espada infinita”; asistió a Leopardi, cuando hizo bajar a su lira las claras estrellas de la Osa, en la evocación de sus recuerdos; y a Heine, para que hiciera soñar el pino del norte con la palmera del oriente. Y dio vida en nuestra América a ese dechado de estilo, de originalidad, de transparencia y de armonía, las *Parábolas* de Rodó; al monumento de lenguaje, de sabiduría y de vigor literario llamado *Siete tratados*, de Juan Montalvo; al cofre de idealidades que anda por el mundo con el nombre de *Camino de perfección*, por Manuel Díaz Rodríguez; a la prosa lapidaria, noble y magnífica de En-

(1) Azorín.

(2) Gracián.

rique Larreta, en su novela *La gloria de don Ramiro*. Y a estos portentos de poesía: *Marcha triunfal*, de Rubén Darío, *Viaje de la luz*, de Joaquín González Camargo, *Nocturno*, de José Asunción Silva, *San Antonio y el centauro*, de Guillermo Valencia.... Sus voces aladas viajarán por los cielos del arte para testimoniar que "nada hay tan duradero como una palabra verdaderamente hablada", y para probar que no todo es humano en la producción artística, sino que existe cierta misteriosa generación en lo bello, como dice Platón.

A veces el último toque de la obra del genio está en una palabra viva que, como caída de lo alto, consagra esa obra para siempre. ¡Duerme! puso Miguel Ángel al pie de su estatua de la noche. ¡Habla! dijo él mismo a su Moisés, a tiempo que le golpeaba con el martillo la frente. Les habría faltado algo a esas creaciones sin tales palabras.

Puede una obra comenzar mediocrementemente, y cuando menos se espera, un pensamiento sublime, un sentimiento profundo la esclarezcan: así el rayo lunar cambia en oro líquido los ríos; y las que eran palabras y expresiones comunes, ahora son elementos vivos que transfiguran esa obra y la hacen apta para resistir a los siglos. Para comprobarlo, bastaría este solo caso: se ha creído que Cervantes, al comenzar el *Quijote*, sólo preparó los materiales para una *novela ejemplar*, como las otras; pero fue creciendo y creciendo la obra en sus brazos, con raros episodios, con nuevos personajes, con otras aventuras, con varios toques decisivos, con oleadas de luz casi divina, hasta trocarse en lo que fue parto genial. Quedárase el *Quijote* reducido a novela ejemplar, y con ser grande el mérito de este género literario inventado por el mismo Cervantes, no hubiera éste alcanzado la inmortalidad, al ensanchar esa obra para poner en sus páginas toda la creación que de su cabeza desbordaba. La naturaleza ha sido en esto maestra: es el girasol planta vestida de humildad; tal una muchacha campesina; pero la planta va creciendo, y da su flor; que el hombre con sumo acierto ha llamado *maravilla*, la cual se pone a mirar de hito en hito al sol, que en pago la convierte en su satélite. Y esa planta, desdeñada antes, se ha cambiado ahora en una como mujer, ataviada a lo reina, cortejada por todas las flores, como si sólo hubiera nacido para vivir enamorada del sol y para proclamar este prodigio de la luz: dar nueva vida a lo que parecía insignificante.

Y portadores de la otra luz, la antorcha que alumbra espiritualmente a los pueblos, vienen los predestinados, heraldos de lo bueno y de lo bello, que dan la ley a las naciones. Estos momentos son raros y originan leyendas que, como oro en paño, guardan las sociedades, celosas de su gloria; entonces el mismo Apolo viene a deponer su lira de plata en el arco donde pende la cuna de Homero; las musas bajan del monte Helicón a entregarle a Hesíodo, pobre pastor, una rama de laurel verde y a confiarle la misión sagrada de enseñar a sus conciudadanos el amor a la verdad; las abejas del Himeto vuelan con rumbo a la cuna de Platón; las gracias, buscando un santuario indestructible, lo hallan en el espíritu de Aris-

tófanos; sucesos de prodigio, como cuando, olvidados los hombres de las virtudes de sus ascendientes, tuvieron que bajar del Olimpo los dioses para enseñar a los hijos de Grecia la justicia, el manejo del arado y el uso del trigo. Portentos tales tiene reservados en su arca de doble fondo la biografía, para dar principio solemne a la narración de las vidas de los grandes hombres.

Esos que han visto lo invisible y oído lo inefable son los que, valiéndose de palabras vivas, nos hacen medio adivinar la faz de Dios, porque lo han tenido muy cerca, cual Moisés en la Escritura, santa Teresa en las *Moradas*, san Juan de la Cruz en sus *Canciones*, donde "hay siempre más misterios que palabras"; como san Francisco en su *Cántico*, que sólo tiene par en el sermón de la montaña, cuando con palabras vivas invita a todas las criaturas para que ensalcen al Señor: al hermano sol, "bello, radiante y con gran esplendor, de modo que es símbolo del Altísimo"; a la hermana luna y estrellas, "brillantes, bellas y amorosas"; al hermano viento, y al aire y a las nubes; a la hermana agua, "tan útil y humilde, tan preciosa y casta"; a fray fuego, "que nos alumbraba de noche siendo alegre y vivo, vigoroso y fuerte"; a la hermana nuestra madre la tierra, "que nos mantiene y alimenta con sus plantas varias, yerbas y coloridos frutos"; y a nuestra hermana la muerte corporal, "de quien no puede librarse ningún hombre viviente". O bien, como Granada, que reduciendo el universo, desde la hormiga y la abeja, hasta la tierra, el cielo, el mar y los astros, a las inimitables páginas de la *Introducción al símbolo de la fe*, "hace andar al Altísimo en sus discursos, cual anda en el universo, dando a todas sus partes vida y movimiento", según la expresión de Capmany.

El propio Beethoven nos dice que al oír interiormente sus sinfonías, creía escuchar la voz de Dios mismo.

Y si hemos de dar fe a los mitos de la antigüedad, ¿no sabemos por ellos que Orfeo domesticaba las fieras a los acordes de su cítara; que a los sonos de la suya

Anfión las piedras con su voz movía,

y que Virgilio dice poderse, por medio de una fórmula poética, hacer descender la luna hasta nosotros?

Rompe a hablar el escritor catalán Juan Maragall, autor del *Elogio de la palabra*, y esta se le presenta como la más sagrada de todas las cosas, dice Miguel Santos Oliver; como un puro prodigio que el hábito y la inconsciencia han enturbiado en nuestra sensibilidad. Con Ernesto Hello, otro cazador de palabras vivas, cree que la palabra no es esta cosa baladí y vacía que la gente supone, que el viento arrastra, que está en contradicción con el hecho o representa su antítesis. No; para él *la palabra es un acto*, el primero entre los actos de la vida.

La palabra viva es para Maragall (como lo fue para Novalis, su maestro, cuyos cantos espirituales "son la expresión más hondamente sentida, como artísticamente perfecta"), la única vestidura adecuada a la pureza del espíritu, la cual se corresponde con la pa-

labra viva como si una y otra estuvieran en relación de causa y efecto, o de materia y forma, o de contenido y expresión, y fuesen dos momentos inseparables de una misma operación del alma. Para Maragall, la palabra es el punto de confluencia de lo espiritual y lo material, de lo transitorio y lo eterno, y añade que por la palabra fueron hechas todas las cosas, y que residiendo en ella toda la luz del mundo y todo su misterio, debiéramos hablar como deslumbrados; porque no hay nombre, por ínfima cosa que represente, que no haya nacido en un instante de inspiración, reflejando algo de la luz infinita que engendró el mundo. Deberíamos hablar mucho menos y sólo por un profundo anhelo de expresión: cuando el espíritu en su plenitud se estremece, y las palabras brotan como flores en la primavera. Cuando una rama no puede más con la primavera que lleva dentro, entre la abundancia de las hojas salta una flor como expresión maravillosa; así florecemos cuando sale de nuestros labios la palabra verdadera.

Rómpeles la voz a los enamorados entre la luz de las miradas, por la demasiada plenitud de su corazón.... Y sale por fin una música animada, una maravilla, una palabra. ¿Cuál? Cualquiera. Pero cualquiera que sea, como viene con toda el alma del terrible silencio que la engendró, si probáis sondearla, nunca llegaréis al fondo y retrocederéis espantados del infinito que lleva en sus entrañas. Así hablan también los poetas: miranlo todo y se encantan, y después cierran los ojos y hablan en la fiebre; entonces dicen alguna palabra creadora, y semejantes a Dios en el primer día, de su caos sale la luz. Por esto la palabra del poeta salta como ritmo y luz, con el ritmo luminoso de la belleza: este es el hechizo del verso, único lenguaje verdadero del hombre. Aprended a hablar del pueblo; no del pueblo vano que congregáis en torno de vuestras palabras vacías, sino del que se forma en la sencillez de la vida, ante Dios solo. Aprended de marineros y pastores.

Cita Maragall tres casos relativos a la tierra, al cielo y al mar, como manifestaciones de la palabra viva. Es el primero cuando, al medio día, extraviado en la soledad del Pirineo, combatido por todos los vientos, dio al fin con unos pastores, a cuyo jefe, que era como de piedra, pidió camino, y el hombre, levantando lentamente el brazo, señaló un atajo y movió los labios. En la atronadora marejada del viento que ahogaba toda voz, sólo dos palabras sobrenadaban, que el pastor repetía con terquedad: "Aquella canal".... Estas sus palabras, y señalaba vagamente allá, hacia una altura. ¡Cuán bellas las dos palabras gravemente dichas entre el viento! ¡qué llenas de sentido y poesía! La canal era el camino, la canal por donde bajan las aguas de las nieves derretidas. Y no una cualquiera, sino "aquella canal" que el hombre conocía bien sobre todas, por una fisonomía especial y propia que para él tenía. Representaba alguna cosa la canal; tenía un alma; era "aquella canal". ¿Lo veis? Para mí esto es hablar.

Y esta es la voz que parte de la tierra.

Otra vez también en el Pirineo, pero del lado de allá, y de noche, continúa Maragall, nos salió en la oscuridad del camino una niña mendigando con voz de hada. Le pedí que me dijera algo en su lengua propia; y ella, toda admirada, señaló el cielo estrellado y dijo: "Lis esteles." Y yo sentí que también esto era hablar.

Y esta es la voz que baja de los cielos.

Un recuerdo más reciente fue el de un atardecer en una punta de la costa cantábrica, donde los ponientes suelen ser muy bellos. La gente acudía sólo por ver ponerse el sol en el mar. Venían hablando, pero al llegar, todos callaban ante el mar, que mudaba cada instante el color. Llegaron dos hombres de mar silenciosos y se pararon ante la inmensidad; y por mucho tiempo, uno al lado del otro, callaban. Después el uno, sin volverse al compañero, dijo simplemente: "¡Mira!" Y todos los que oímos miramos de frente, allá.... Y estoy seguro (habla Maragall) de que cada uno vio su maravilla propia.

Y esta es la voz que inspira el océano.

"Aquella canal", "Lis esteles", "¡Mira!", palabras que traían un canto en sus entrañas, porque nacieron en la rítmica palpitación del universo. Sólo el pueblo inocente sabe decirlas, y el poeta puede reducirlas con otra inocencia más intensa y mayor canto; con luz reveladora, porque el poeta es el hombre más inocente y más sabio de la tierra.

Otros casos de mayor trascendencia, que podrían llamarse también "momentos estelares", porque lindan con lo infinito, nos ofrece la historia universal, como el grito "¡El mar! ¡El mar!, con que manifestaron su alegría, sobre una montaña remota, los griegos de la expedición de los diez mil, cuando regresaban con Jenofonte a su patria; como el grito de "¡Tierra!" que Rodrigo de Triana lanzó desde la Pinta, cuando los compañeros de Colón, perdidos entre dos inmensidades, no esperaban salvarse. Ese grito, que fue precedido en pocas horas de la luz que sólo el ojo de Colón, taladrador de tinieblas, divisó como un relámpago desde la cubierta de su nave, está probando la afinidad misteriosa de la luz y la palabra, y contiene en sí, como elemento vivo, toda la realidad y sublimidad que encierran los versos del poeta español.

Tu bajel, inmortal aventurero,
remolcará a la vuelta un mundo entero;

y nos hablan del poder semidivino de aquel hombre que recibió de Dios "las llaves de los atamientos de la mar oceana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes", como el mismo Colón dice, con elementos vivos, en su *Visión del río de Belén*.

Libertado medio mundo, quedábale a Bolívar por dominar el sur, que hervía de soldados aguerridos, de elementos, de riquezas,

dignos del poderío peninsular. El Libertador, pobre, enfermo, casi desnudo, sin soldados, sin recursos bélicos, meditando está en un pueblo del Perú sobre la suerte de la guerra; pasan por su mente Casacoima y Casanare, donde se fraguó el futuro de América, donde esta palabra viva que sólo él oyó: “¡Triunfarás!”, decidió la suerte de Boyacá, y entonces, al preguntársele qué pensaba hacer, contestó el genio: “¡Triunfar!” Pensad en el caos alumbrado súbitamente por el *fiat* de la Escritura, imaginaos lo que fue la noche secular de nuestra esclavitud, y recordad después la palabra de Bolívar y sus consecuencias.

“¡El mar!”, “¡Tierra!”, “¡Triunfar!”, ¡palabras inmortales en la memoria de los hombres!

Y si queréis buscarle la entraña a las frases “¡Vuelvan caras!”, de Páez; “¡Armas a discreción!”, de Córdoba; a la de Bolívar, en la plaza de San Jacinto, cuando el terremoto de Caracas: “Si la naturaleza se opone a la libertad, lucharemos contra la naturaleza”, es seguro que de esa excursión volveréis con el alma impregnada de esencias divinas, que hacen más comprensibles y más amables, si cabe, estas palabras preñadas de cielo y de tierra, que dicen *patria* y *libertad*.

¿No es cierto que estas frases y aquellas palabras, que son como relámpagos eternos (si cabe hermanar estos vocablos), pueden considerarse como parientes lejanas del *Fiat lux* de la Escritura? Porque al grito de “¡El mar!”, sublimado el concepto de patria, se reanimó el ejército de los diez mil, en la retirada más asombrosa que ha visto la historia; al grito de “¡Tierra!” surgió un mundo; a la voz “¡Triunfar!” apareció la libertad; ante los puños alzados contra la fuerza ciega de la naturaleza, se abatió el espíritu soberbio de los tiempos y le nacieron alas a la victoria; y a la eficacia de esas voces de mando que ahogaron la voz de los cañones, se alzaron en la historia las Queseras y Ayacucho, eternos monumentos reveladores de la voluntad y el valor de los hombres. ¡Las Queseras! Para su protagonista debieron haber sido estos versos de hierro, batidos en el yunque de Leopoldo Lugones y templados en las aguas del Plata:

Era un brazo
esgrimiendo una lanza tan enorme en el viento,
que al ver cómo su punta rayaba el firmamento
de nube en nube, a impulsos de una heroica pujanza,
el cielo parecía prendido a aquella lanza.

EN EL VERSO

Si de la prosa pasamos al verso, ¡qué abismos los que podemos salvar por medio de la palabra! “¡Un poeta! dice Campoamor. Si las gentes comprendieran la verdadera significación de esta palabra, al oírla darían muchas gracias a Dios, porque de mil en mil años se digna crear un poeta. Desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo no se ha escrito un solo verso de poeta; y desafío a

que me lo citen, porque ese verso ha de competir en lo pintoresco con aquellos que al convertir *la idea en imagen*, producen una reverberación de pensamientos secundarios, que son el encanto del lector. Como estos, por ejemplo:

Con crines tendidos arder los cometas.—JUAN DE MENA.
 Dejémosla pasar como a la fiera
 corriente del gran Betis, cuando airado
 dilata hasta los montes su ribera.—ANDRADA.
 El que freno dio al mar de blanda arena.—LOPE DE VEGA.
 Como al partir del sol la sombra crece.—GARCILASO.
 Vencida de la edad sentí mi espada.—QUEVEDO.
 Envían largos ríos los collados.—FR. LUIS DE LEÓN.
 La picó, sacó miel, fuese volando.—GIL VICENTE.
 Mi amor al bien, que fue mi primer sueño;
 mi amor a ti, que morirá conmigo.—MANUEL DEL PALACIO.
 ¡Cómo, a nuestro parecer,
 cualquiera tiempo pasado
 fue mejor!—JORGE MANRIQUE.
 No despiertes al dolor,
 que tiene el sueño ligero.—ECHEGARAY.

“Después de leer una vez versos semejantes a éstos, se les vuelve a recitar, porque siempre se descubren en ellos horizontes nuevos. Los versos han de tener, continúa Campoamor, la fosforescencia trascendente que da a las cosas humanas la luz de lo infinito”; o como dice Martí: el verso, por dondequiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume.

Descontando harto de lo mucho que abarcan las anteriores exageraciones de Campoamor, siempre queda en el fondo esta verdad: que los grandes poetas no se dan todos los días.

Sin pretender agotar la materia, y de acuerdo con el tema propuesto, creo que no desentona en estos momentos hacer una excursión ideal por nuestros predios espirituales para ver cómo vuelan, cual la flecha de oro de Caro, por los cielos del arte, versos de poetas españoles y americanos, que “tienen la fosforescencia trascendente que da a las cosas humanas la luz de lo infinito”. Por otra parte, ganará el auditorio, pues trocará el bajo metal de mis frases por el oro de gloria que son estos versos, extraídos de la cantera del idioma:

Montes de agua y piélagos de montes.—GÓNGORA.
 Sin la fe, la conciencia es un abismo,
 y el peor compañero es uno mismo.—CAMPOAMOR.
 Que cuando un pueblo la virtud olvida,
 lleva en sus propios vicios su tirano.—NÚÑEZ DE ARCE.

Y cuando llegue el día del último viaje
 y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
 me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
 casi desnudo, como los hijos de la mar.—ANTONIO MACHADO.

Bulle carmín viviente en tus nopales
que afrenta fuera al múrice de Tiro,
y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbre del zafiro.—BELLO.

Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque esa ya no siente;
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.—RUBÉN DARÍO.

Señor, Señor, tú antes, tú después, tú en la inmensa
hondura del vacío y en la hondura interior;
tú en la aurora que canta y en la noche que piensa;
tú en la flor de los cardos y en los cardos sin flor...
Si los necios te niegan, yo te proclamaré.
Por cada hombre que duda, mi alma grita: "Yo creo".
Y con cada fe muerta se agiganta mi fe.—AMADO NERVO.

El Ande, el Amazonas, la Pampa, abismos, sierras,
pamperos y temblores, catástrofes y guerras:
así han de ser mis versos porque así son mis tierras.—CHOCANO.

El cielo es la frente
de Dios sobre la eterna serenidad suspensa:
cuando se llena de astros y sombra, es que Dios piensa.—LUGONES.

Noche como esta y contemplada a solas,
no la puede sufrir mi corazón:
da un dolor de hermosura irresistible,
un miedo profundísimo de Dios.—RAFAEL POMBO.

¡Oh, la bandera de la patria es santa,
flote en las manos que flotare!—JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ.

Porque esos astros cuya luz desmaya
ante el brillo del alma, hija del cielo,
no son siquiera arenas de la playa
del mar que se abre a su futuro vuelo.—DIEGO FALLON.

Llevo el hierro entre las manos.
porque en el cuello me pesa.—EPIFANIO MEJÍA.

¡Patria! de tus entrañas soy pedazo.—MIGUEL ANTONIO CARO.

El cielo es la patria sin odios ni ausencias ni error ni falsía;
de noche, estrellado, ¡cuán triste, cuán tierna nostalgia difunde!
La estrella que asoma parece mirada que Dios nos envía;
parece mirada que Dios nos reserva la estrella que se hunde.—E. W. FERNÁNDEZ.

Sólo es digno de gloria el que la olvida,
y en pos del bien, por sombras apresura
la fecunda corriente de su vida.—JOSÉ JOAQUÍN CASAS.

Y moriréis, ¡oh estrellas! en el postrero día...
mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas,
y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.—JOSÉ MARÍA RIVAS GROOT.

¡Ven, Lázaro! gritole
el Salvador... Dio un grito
y lloró de contento...
Cuatro lunas más tarde, entre las sombras
del crepúsculo oscuro, en el silencio
del lugar y la hora, entre las tumbas
de antiguo cementerio,
Lázaro estaba sollozando a solas
y envidiando a los muertos.—JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

De humilde hoja de acanto
Calímaco ofrendó gentil corona
a las columnas que admiró Corinto;
los siglos pasan, y el cincel venera
en noble capitel la hoja ligera.—RAFAEL NÚÑEZ.

Algo se muere en mí todos los días...
soy un extraño ante mis propios ojos...
y en cada instante es tal mi desconcierto,
que ante mi muerte próxima imagino
que muchas veces en la vida he muerto.—JULIO FLÓREZ.

Y el otro, el de la lengua cabellera,
que sufre, que perdona y que redime,
se robó al fin la humanidad entera.—ENRIQUE ALVAREZ HENAO.

Tu vasto, majestuoso círculo
toca en su bordes con la azul esfera,
y el ojo, al espaciarse sin ribera,
goza la sensación de lo infinito.—ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.

Amé todas las cosas
dignas de ser amadas, y me sentí más fuerte
viendo pasar la vida coronada de rosas...—MAX GRILLO

Y del estribo de la ingente roca
tajada en babilónico peldaño,
sobrecogido de infernal locura,
perseguido dragón de la llanura,
cabalgas iracundo,
con tu rugido estremeciendo el mundo.—AGRIPINA MONTES DEL VALLE.

Si ya llegaron a la eterna vida
 los que a la sima del sepulcro ruedan,
 ¡con júbilo cantemos su partida,
 y lloremos más bien por los que quedan!—ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

Entonces que no llore, que cante, que sonría,
 más lumbre hay en sus ojos y en su interior más calma;
 que no abra la pupila, porque la luz del día
 puede lanzar tinieblas sobre la luz de su alma.—DIEGO URIBE.

El futuro será de quien ame y perdone.—GUILLERMO VALENCIA.

Nadie escuchó lo que la noche entiende...
 Todos me ven con estupor, y en tanto
 que no perciben ni el menor rüido,
 sigue en mi absorto corazón el canto.—JOSÉ EUSTASIO RIVERA.

Pero si acaso la tormenta ruga,
 te arredra el miedo y la balandra cruje;
 juntos hasta la muerte lucharemos;
 que al cruzar por las ondas intranquilas,
 serán como dos faros tus pupilas,
 y mis brazos serán como dos remos.—MIGUEL RASCH ISLA.

Alguna vez, en el azar de un viaje,
 besé sin emoción, en homenaje
 trivial, tu mano de ducal diseño,
 sin pensar que esa mano entre la mía
 era la llave de marfil que abría
 la puerta melancólica de un sueño.—JUAN LOZANO Y LOZANO.

¿Quién sabe en la noche que incubaba las foimas
 de adusto silencio cubiertas,
 qué brazo nos mueve, qué estrella nos guía?
 ¡Oh sed insaciada del alma que busca las normas!
 ¿Seremos tan sólo ventanas abiertas
 el hombre, los lirios, el valle y el día?—PORFIRIO BARBA JACOB.

Y cerrado aquel círculo en que labra
 símbolos inmortales la palabra,
 baja Dios, y en su diáfana presencia
 engendra pensamientos la conciencia.—RAFAEL MAYA.

EN LOS MISTICOS

Deus in nobis, decían aun los paganos, del estado de agitación del vate, de la energía inspiratriz; de suerte que en su más alto sentido la poesía es un fenómeno de mística y operación de la divinidad en el alma humana, que así se convierte en oráculo de lo eterno y

traduce con palabras temporales y a los idiomas históricos esas inefables insinuaciones de la suma belleza y del sumo bien, dice Oliver en su estudio sobre santa Teresa. Y ¿cómo no pensarlo, sigue diciendo, a la vista de prodigios tales como el de la santa de Avila y de todos los ascéticos y contemplativos de su tiempo, que por muchos años hicieron de la lengua castellana, tan sonora y cuadrangular, tan asentada y maciza, algo ingrávulo y transparente como una gema luminosa? ¡Qué momento aquel para un idioma terreno: santa Teresa, san Juan de la Cruz, fray Lúis de León! Es realmente el castellano un instrumento duro para la poesía en sus manifestaciones aladas y vagarosas, en fuerza de esa misma regularidad arquitectural, sin ligereza ni contracción posible, que constituye su magnificencia oratoria. Parece que así sea; mas por una especie de magia que no ha vuelto a repetirse (1), ese idioma grandilocuente, de palabras y oraciones íntegras y rotundas, en manos de aquellos artistas celestiales se hace traslúcido y como inmaterial, a la manera de un éter, y llega a propagar con eficacia las ondas más sutiles del piélago de lo infinito, los arrullos más imperceptibles de aquel silencio en que "siente el alma la respiración de Dios", y todo el pasmo y deslumbramiento del espíritu por donde ha pasado Dios "sin dejar rastro visible, como la saeta que no lo deja en el aire"...

"Cuando se leen estas maravillas en santa Teresa o en cualquiera de sus contemporáneos y discípulos; cuando la misma abulense nos declara el misterio de la unión extática con las graciosas comparaciones de las dos velas que juntan su luz, o del agua del cielo que se une, sin poderse separar, con la del cauce de un arroyo; cuando san Juan de la Cruz vierte su embriaguez amorosa en versos de tan penetrante, de tan profunda turbación como estos:

Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura...

Quedeme y olvideme,
el rostro recliné sobre el amado;
cesó todo y dejeme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado;

y cuando del *Cántico espiritual* o de la *Noche oscura* del carmelita se pasa a la *Noche serena*, a la *Oda a Salinas*, a cualquiera de las estrofas y pasajes de Luis de León, donde se llega a estas claridades

(1) La nueva poesía española y americana tiende a imitar a estos artistas celestiales, para ofrecernos la *poesía pura* de que nos hablan los modernos historiadores literarios.

pasmosas que parecen alegorías de los seres de la stirpe de santa Teresa:

Alma divina en velo
de femeniles miembros encerrada...
Por todo el delicado
cuerpo, como por vidrio transparente
resplandor admirado,
gracia resplandeciente,
divina, se descubre abiertamente;

entonces hay que concluir que en castellano han podido decirse las cosas más etéreas y suprasensibles que ha expresado lengua alguna, hasta invadir el reino de la música, que es el de la emoción en sí, no ligada a términos, ni a días, ni a lugares, ni a figura determinada. ¿Por qué se desvió después de esa dirección y cayó en las hinchazones del énfasis, en la pesadumbre de la expresión material, recortada y concreta? Culpa fue del espíritu, que huyó de las generaciones siguientes y dejó de animar la poesía y hacer de ella una trasverberación. Ni el amor de la patria, ni el amor humano han encontrado después acentos de mayor intimidad, dulzura y eficacia (1).

LA PALABRA MUERTA

Y cuando se habla especialmente de la palabra viva es porque también existe la *palabra muerta*, "flatus vocis", que como la fe sin obras nada vale, porque no penetra en el hondo sentido de las cosas. Son las lámparas sin aceite de las vírgenes necias del evangelio, comparadas con el fulgor que soltaban las de las vírgenes prudentes. Así, no busquéis la palabra viva en los que para escribir consultan, como Stendhal, las páginas del código civil; ni en los que escriben como hablan, ni en los que se proponen imitar a los clásicos; ni en los que echan discursos a destajo, ni... La palabra viva es algo sagrado que huye de esos hombres y esas cosas.

Como si se abriera un vaso de perfumes, escápase de la lengua el espíritu que la anima, y ya pocos escriben para la eternidad, porque las palabras vivas, alondras mañaneras, se encumbraron tanto, huyendo de los hombres, que el sol quemó sus alas. Sólo han quedado para el uso común las celdillas sin miel que el alucinado de Elsingor llamó *palabras, palabras, palabras*.

En desquite y para consuelo de tanta desventura, consideremos que las obras de Dante, Milton, Camoens, Cervantes, fueron despreciadas en su tiempo, mientras otras, que hoy muy pocos saben que existieron, llegaron de un salto al cielo de la fama. El olvido ha cubierto casi enteramente, como bajo un enorme montón de arena, dice Federico Loliée, muchas pirámides de libros. A esta hora el mayor obstáculo para la clasificación de los nombres, de las obras y de las

(1) Miguel Santos Oliver, *Santa Teresa*.

ideas es la superabundancia inaudita y siempre en aumento de la producción. Ya no se pueden hojear todos los libros: apenas es posible contarlos. El movimiento no se contiene ni se disminuye por eso; y cada cual hace su labor: el poeta, el novelista, el filósofo, el filólogo, el crítico, el historiador, el periodista... y sin interrupción también, todos sus trabajos van a sumergirse en esas catacumbas literarias que se llaman bibliotecas públicas.

"El pasado nos revela numerosos y curiosos casos de incontinen- cia literaria. En cambio, en los tiempos clásicos muchos escritores se gloriaban de su sobriedad. La Bruyère no publicó sino un libro, que es perfecto, dice Albalat. Tal genio griego o latino sólo ha dejado un folleto que flota todavía sobre el abismo de las edades." Gutierre de Cetina escribió un madrigal, y eso no más hizo pasar su nombre al plano de la gloria. ¿Por qué? Porque éstos escribieron con palabras vivas, y las obras de esta clase no mueren, y si mueren resucitan. Dadme que por mil años desaparezca el *Quijote* de la memoria de los hombres; pues no faltará alguien que, como a la Venus de Milo, extraiga del subsuelo a Cervantes, como ella manco, pero eterno de fama y de gloria, en algún ejemplar del *Quijote*, escrito en láminas sutiles, soberbio y radioso, como un sol que brotase de la tierra.

LITERATURA ESPAÑOLA

Una crítica severa podría comparar el cuadro de la gran literatura española, a la luz de la lámpara de la palabra viva, con una larga noche esclarecida a trechos, que son siglos, por estos luminares:

Siglo XIII: 1) *El Cantar de mio Cid*: la *Ilíada* española, su primer monumento literario y el cimiento de su literatura; 2) Juan de Mena, y Berceo, "el primer poeta español de nombre conocido, uno de los mayores que la tierra española ha criado"; 3) La *Enciclopedia* de Alfonso X el sabio, "cuya poética transparencia no ha tenido igual en ningún otro poeta", el gran despertador de la cultura española.

Siglo XIV: El *Libro del buen amor*, del arcipreste de Hita, quien "escribió la *Comedia humana* de su tiempo y alcanzó el rarísimo don literario de tener *estilo*, adelantándose a muchos escritores del siglo XV"; este libro alumbró toda la edad media española.

Siglo XV: 1) La *Elegía* de Jorge Manrique, que con la *Celestina* forman las dos obras señeras de esa época; dos árboles de savias ásperas que, arrancando del fondo de la tierra, llevaron muy arriba sus frutos de dolor para sustento de los hombres. Entonces "Juan de Valdés, elevado y sutil, y Fernando de Rojas, abundante y popular, dieron hecho a Cervantes el cuerpo del lenguaje, en el cual el autor del *Quijote* se encargó de infundir el soplo de vida propio del genio". Por este tiempo empieza a levantarse la selva del romancero.

Edad de oro (siglos XVI y XVII): Garcilaso, uno de los hitos de la literatura; volaban entonces con sus alas pesadas los alejandrinos de la *cuaderna vía*, hasta que de la crisálida italiana saltaron al sol de España los ágiles endecasílabos que habían de dar nueva forma a la poesía de los futuros tiempos. Y llegan fray Luis de León, Grana-

da, Tirso, Lope, Calderón, Cervantes, Quevedo, Andrada, Rodrigo Caro, Rioja, Góngora, Gracián, san Juan de la Cruz, santa Teresa . . . , que constituyen el principal núcleo del clasicismo.

Y después la decadencia, y luego el renacimiento, hasta nuestros días, alumbrado por muchas antorchas de gran potencia, que son asombro de los tiempos modernos y gloria de la raza.

Y como resumen, la división ideal de los renacimientos debidos a Garcilaso, a Góngora, a Bécquer y al americano Rubén Darío, en torno de los cuales, hoy mismo, gira el movimiento literario español, y alrededor de éste el hispanoamericano —acólitos de acólitos— con esta fórmula imposible:

Deshaced ese verso,
quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia,
y hasta la idea misma . . .
Aventad las palabras . . .
y si después queda algo todavía,
eso será la poesía (1);

fórmula que, por otra parte, no es original, pues la proclamó el poeta matemático Paul Valéry: "Poesía *pura* es todo lo que permanece en el poema después de haber eliminado todo lo que no es poesía. *Pura* es igual a *simple*, químicamente." Antes de Valéry, el abate Bremond ya intentaba el análisis de la poesía *esencial*, en esta forma: "Todo poema debe su carácter propiamente poético a la presencia, al centelleo, a la acción transformadora y unificante de una realidad misteriosa que llamamos *poesía pura*."

Muy bien, y esto sería una manera de captar la palabra viva, si no salieran al paso serias objeciones. Lo difícil, dice un historiador literario, está en establecer el contenido de esta misteriosa realidad. ¿Qué es la poesía? ¿La música del verso? ¿El poder mágico de un vocablo determinado? ¿Lo simple y lo desnudo? . . . O en otro sentido, ¿está lo poéticamente puro en nosotros mismos, y la emoción lírica surge, como una chispa, al contacto de un elemento concorde del poema que leemos?

Difícil resolver el problema de manera satisfactoria. Con tales fórmulas no se hace otra cosa que confundir la poesía con la música, en vez de considerarlas como artes que se complementan, pues no de otro modo surgieron al cielo del arte y de la inmortalidad *El Cuervo* de Poe y *La Campana* de Schiller. "Nada menos estético que lo frívolo; el arabesco, en vez de ser el principio generador del dibujo, de la poesía y de la música, es su aborto", dice Guyau. Estética aquella para *élites*, la cual no pudiendo ser alcanzada por los profanos, porque no entienden estos tiquismiquis ni esas quintaesencias fugitivas,

(1) León Felipe.

los hace preferir, más bien que todo ese *humo acuñado* a que se reducen las nuevas estéticas, la fórmula nihilista de Haraucourt:

Son los versos más bellos
los que jamás se escriben.

Y como uno de los males del siglo consiste en la inversión de los valores de todo orden, conviene establecer y fijar, en contraposición a las audaces tendencias demoledoras, el verdadero sentido de *lo clásico* que, en resumen, consiste en realizar *la perfecta y absoluta armonía entre el fondo y la forma*, que en las obras de Cervantes y de Lope se revela. Ni en ellos, ni en fray Luis de León, ni en Granada, se advierten sequedad, estiramiento, empaque doctoral, distintivos que algunos, mal encaminados, estiman como lo ideal de lo clásico. Al contrario, el desenfado, la libertad, la vida, el sentimiento de la naturaleza inspiran e informan las obras de aquellos autores insuperables que, como tales, supieron pensar alto, sentir hondo y decirlo como no lo han dicho los demás, construyendo monumentos para la eternidad. Leyendo a san Juan de la Cruz, "poeta angélico y sublime en verso y en prosa, cuya poderosa originalidad estriba en un arranque poético y un fuego de sentimiento que nadie iguala", se palpa la confirmación de lo antes dicho, y se encuentra algo más significativo: que el místico se anticipó a nuestros días, porque mucho de lo nuevo parece tener su fuente o raíz en el estilo inefable y simbólico de los discípulos de santa Teresa.

Hoy no es posible escribir como los clásicos; pero estudiándolos, comprendiéndolos y sintiéndolos, se llega a escribir bien. La imitación servil sólo forma los *curscastizos*, como los llamó con gráfica expresión Mariano de Cavia.

EN HISPANOAMERICA

En Hispanoamérica la palabra viva nos dio letras, nos dio leyes divinas y humanas, y nos dio libertad.

Para un mundo nuevo se necesitaban, y se necesitan, obras nuevas, obras propias, salidas de la entraña del suelo y expuestas a todos los vientos y a todos los soles. Un continente virgen, tierra de maravillas, entre cuyas grandezas del suelo oculta las playas del mayor de los mares, y entre las del cielo, nuevas constelaciones; con unos Andes, ante cuya magnitud son débiles simulacros las cordilleras de Europa; cuyos ríos arrastran más oro que agua y entre los cuales hay unos imponentes como los mares; que ora tiende la serenidad de sus lagos sobre el haz de la tierra, ora los encarama cerca de las nubes; que ya cuelga de empinados granitos sus cascadas, ya las precipita hirviendo en los abismos; que en las más elevadas crestas andinas, cimentadas en oro y piedras preciosas, enfila, como explorando el cielo, el rebaño de sus nevados; y sobre cada una de cuyas selvas y pampas pasa cansado el avión sin encontrar el fin de su vuelo, ese continente no podía ser descrito ni cantado con el lenguaje que la

trivialidad tenía en uso, con la *usata poesia* de que habla Carducci. Entonces le nacieron sus poetas y sus escritores a América, en la boca el ascua gloriosa, en la mente el soplo divino, para cantar la epifanía fulgurante de su propia grandeza. Y pudo decir Bello, refiriéndose a la poesía:

¿Qué a ti, silvestre ninfa, con la pompa
de dorados alcázares reales?

y preguntarle, después de invitarla a venir al nuevo mundo:

¿En qué felice
playa estampada tu sandalia de oro
será primero?

y hablarnos del *yaravi* amoroso, que suena desde el lejano tambo, mientras brillan en el cielo las cuatro lumbres de la Cruz del Sur, y en el ambiente tibio y regalado se perciben las luminosas huellas del cocuyo fosforescente; y sabemos de los *sarmientos trepadores*, de las *rosas de oro* y el *vellón de nieve* del algodón, del *carmin viviente* de los nopales, de las *urnas de púrpura* del cacao y de los *albos jazmines* del café; de la *paloma cándida de Arauco que en las australes ondas moja el ala . . .*, palabras cordiales que animó con su estro el que también supo encerrar para los americanos, en un libro no superado hasta hoy, donde aprendieron Cuervo, Caro y Suárez, maestros de maestros, las leyes del lenguaje. Como respuesta y premio, el espíritu de la lengua bajó a ocupar el alma del poeta, quemó su mente con aquellas imágenes, perifrasis y epítetos, jamás antes oídos en lengua española, poco dada al sentimiento de la naturaleza, con que enfloró su lira para ofrecer como un presente del nuevo al viejo mundo, mejor que todos sus oros, platas y esmeraldas, estos monumentos de palabras vivas: el *Canto a la zona tórrida* y la primera *Alocución a la poesía*.

El mismo espíritu de la lengua puso en la lira del primer Heredia los vernáculos sonos con que hizo conocer al mundo el Teocalli de Cholula y la catarata del Niágara; en la trompa de Olmedo, los acentos con que dilató en el espacio y en el tiempo la gloria de Bolívar; en la inmensa lira de Chocano, esos "versos desmesurados, cual los reptiles del mundo primitivo", que desenroscan anillos donde caben nuestros ríos, nuestros montes, nuestros cielos, nuestros mares y nuestros llanos. Y viniendo al patrio solar, fijó en la de Caro, el tonante, los versos clásicos en que se condensó la historia patria, para producir la oda a la estatua del Libertador; en la de Pombo, el que subió su laurel arriba de los astros y bajó su gloria hasta los niños, anidó el espíritu de la belleza eterna; al leerlo, cree uno estar debajo de aquel palio de alas entrelazadas que, según el cuento musulmán, formaron las aves por orden de Salomón, para sombrear los caminos que conducían al templo por él edificado; en la de Fallon, las notas no igualadas con que así como Endimión hizo descender la luna a su

gruta, de igual modo la trajo el poeta, menos humana pero más radiosa, a nuestra literatura; alumbró la mente de Cuervo con las llamas de la sabiduría para fijar en monumento *aere perennius* las leyes del lenguaje y hacer con palabras muertas fábricas de palabras vivas, porque representan el vaivén de la lengua a través de los siglos (1); se refugió en la lira de Ortiz para despertar la dulce elación que se cierne bajo el cielo en el canto de *Los Colonos*; prendió en la guzla gentil de la Montes del Valle las estrofas viriles en que supo encerrar, para luego hacerlo batir por el mundo, el trueno del Tequendama; y en la de Joaquín González Camargo, el hilo de luz con que fue tejiendo su poema ideal a través del sueño y de la gloria.

La vida y la muerte, el dolor y el amor, eternos inspiradores del arte, con la noche lunar por escenario, ofrecieron a José Asunción Silva los elementos luminosos, aéreos y musicales para escribir lo que nadie, antes ni después, ha hecho en España ni en América, y ni lo que él mismo habría podido superar, si la muerte, como celosa de dar nuevo tema para que el autor de tanta vida produjera algo semejante al *Nocturno III*, no le trocara la pluma por el arma que le rompió el corazón. Fue tan extraño ese poema, que se necesitaron los cien ojos de Argos de la crítica extranjera para fijar su verdadero valor en el arte. Por su novedad de fondo y de forma, por su conjunto de palabras vivas, por su fuga ideal hacia lo infinito, no parece haber sido acabada esa obra por mano de hombre, tal que apareció ante la uniformidad rutinaria de su tiempo como una lámpara encendida con los primeros lampos de la primera luz del alba y suspendida por algún genio de las *Mil y una noches* entre las profundidades y lobregeces de una selva tropical. O pensad en el milagro de esa isla de corales que sobre la montaña de Harz depositaron las primeras aguas de la creación.

En la misma fragua de Pereda forjó Tomás Carrasquilla el lenguaje vivo sacado de la entraña del pueblo, cernido en el harnero de la naturalidad, con sólo observar las faenas de los mineros, que sin mayor artificio van extrayendo el oro del mineral para llevarlo al recipiente, así como él lo puso, limpio y sin liga, en su cuento *A la diestra de Dios Padre* y en sus novelas; Marco Fidel Suárez, José Manuel Marroquín y Antonio José Restrepo mostraron al mundo cómo la musa cervantina, cual la poesía del canto de Bello, estampó sus sandalias de oro en estas playas colombianas, y entrelanzando el laurel clásico con palmas indígenas, tejió coronas para honrar sienes académicas que nada envidian a los humanistas y poetas de otras partes; Santiago Pérez y Carlos Arturo Torres bordaron en el paño fastuoso de su prosa las nobiliarias frases que son blasón de nuestras letras; Isaacs encerró el cielo y el suelo del Valle del Cauca en la red de oro de un cuento divino que ha dado la vuelta al mundo porque fue escrito con lágrimas; y Rivera aprisionó la naturaleza en sus sonetos palpitantes, y la inmensidad del llano y el rumor y el horror

(1) El lenguaje no es letra muerta para el que lo escudriña y lo medita. Caro.

de la selva virgen dentro de un libro altivo y señero que hoy se lee con admiración en extranjeras lenguas.

Por el aspecto del derecho, el mismo Bello inicia la cadena de los discípulos de Justiniano, en estas partes de América, con códigos perfectos, principalmente en lo que al lenguaje se refiere; que "respetaron el elemento tradicional y la eterna fuente de la sabiduría escrita del pueblo romano; y con la redacción del código civil chileno de 1855, anterior a los de América, salvo el de Luisiana", obra que, según Menéndez y Pelayo, por sí sola bastaría para inmortalizar la memoria de un hombre.

Los ministros de la Iglesia, en legión incontable y admirable, entre los cuales, refiriéndonos únicamente a algunos de los que en Colombia fueron, descuellan Cortés Lee, Carrasquilla, Zaldúa, y antes Mosquera, Celedón, Paúl, Ortiz, Aguilar, tomaron la palabra viva en su propia fuente primordial. Si fuera del templo hablaban o escribían para los fieles, sus palabras eran reflejo de la eterna sabiduría, portadora de verdad y belleza; y dentro del templo hicieron descender el Espíritu Santo a la cátedra sagrada, como en los mejores tiempos de la predicación. Por sus palabras, como por la escala de Jacob, subían y bajaban las alas divinas que circuyen el trono del Eterno; pues su vuelo oratorio no era menos encumbrado que el seguido por las águilas de la contemplación; y las almas, pendientes de su elocuencia, tendían sus anhelos hacia los collados eternos, en aspiración conmovida de amor y de esperanza.

Si la palabra viva ha bajado a inspirar a un hombre, en nadie menos que en Camilo Torres, llamado "el verbo de la revolución", se ve realizada esta verdad. No lo admiréis el 20 de julio de 1810 en el cabildo abierto, ni luego en el congreso de Tunja, cuando dirige a Bolívar aquellas palabras que son recompensa y profecía. Leed la *Representación del cabildo de Bogotá a la suprema junta central de España*, escrita de su puño; parad mientes en ella, y veréis cómo va saliendo de ese cráter dormido un humillo imperceptible que se vuelve llama, que se hace incendio, que revienta en lavas, que abrasa en espantosa conflagración los cielos y la tierra: es la revolución, con sus cartas audaces, con sus hombres inmensos, con sus triunfos sublimes, con sus rotas dolientes, con su persecución y sus banquillos, con sus leones y centauros, con Bolívar y los libertadores. Eso hizo ese hervidero de palabras vivas. Y porque las letras insolentes del criollo eran lo que fueron, Torres debía ser fusilado primero, y ahorcado luego, y su cabeza cortada puesta en una jaula "para escarmiento en los caminos"; pero como las palabras del tribuno estaban henchidas de libertad, hoy las tenemos resumidas, después de atravesar largos ciclos de nuestra historia, en estas dos: *república* y *justicia*.

Y viene otro colaborador en la obra de la emancipación americana, también mártir, no sólo de la libertad sino de la palabra viva, porque por ellas alcanzó el título de sabio, refrendado por Humboldt, por Linneo, por Bonpland, Boussingault y por los mismos españoles: Francisco José de Caldas, humilde como una de las orquídeas que él mismo sorprendió en nuestros bosques, y grande como el Pichincha

que, en pos de la ciencia, holló con sus botas audaces. Viene a enseñarnos cómo caben en un solo corazón estos cuatro cultos: el suelo y el cielo, la patria y Dios, a los cuales se entregó con el candor de un niño, para morir tinto en sangre como los héroes del Romancero, "con la cabeza llena de ángulos, de estrellas y de alturas" (1), y el corazón indeciblemente torturado, porque si Dios encendió para él sus estrellas, habíale ocultado, no obstante, a la avidez de sus pupilas la esquiva cuanto radiante que fulguró en la punta de la espada de Bolívar el 7 de agosto en Boyacá. Una rama de quina sería el mejor blasón de su escudo, como podría serlo una constelación. No sólo fue elocuente profesor de la palabra viva, sino algo más: incomparable productor de *obras vivas*, porque sobre el observatorio estudió las noches del trópico, en la cátedra dictó matemáticas, en *El Semanario*, en el *Diario Político* y en el cadalso enseñó patriotismo, y en su conciencia encontró y adoró siempre a Dios. Y Dios, la patria y las noches ardientes coronaron de perdón, de gratitud y de estrellas al sumo sacerdote de la naturaleza y de la patria.

Sin la palabra viva de Bolívar no tendríamos libertad, porque la independencia fue lograda más bien al fulgor de las cláusulas de sus proclamas, mensajes y discursos, que al influjo de su espada; pues el que escribió el delirio sobre el Chimborazo, la carta de Jamaica y la despedida a los colombianos, ni era un ejemplar como cualquier hombre nacido de mujer, ni un conquistador como tantos, sino el predestinado del Altísimo para libertar cien pueblos al golpear de su palabra milagrosa. "Su estilo oriental, lleno de imágenes, era el conveniente para hablar a hombres de la raza latina; y el timbre mismo de su voz, que resonaba rápido, vehemente, como se oyen rodar en las bóvedas de una iglesia las notas terribles del *Dies irae*, que se alcanzan, se atropellan, se mezclan, sin que ese tumulto pasmoso dañe en manera alguna a la armonía, no contribuía poco para lograr el efecto apetecido. Unas veces llevado en triunfo por la ola popular, subía al capitolio y arengaba a los senadores; otras, recorriendo a caballo las filas del ejército, descubierta la cabeza, con la espada desnuda, proclamaba a sus soldados: tal fue en Araure, en Boyacá, en Junín. Es preciso haberlo visto, es preciso haberlo oído para saber lo que valía su palabra." (2).

Y ahora sabemos por qué dijo Cuervo que la lengua es la patria.

Si como se ha dicho, hablando de Bolívar, "la palabra no tuvo un elogio digno de su grandeza", es porque, no obstante la sublime imagen del samán venezolano en el canto de Bello, y la insuperada oda de Caro a la estatua del Libertador, ¿y por qué no decirlo?, a pesar del poema olímpico de Olmedo, todavía se espera al poeta que, juntando en un haz de sobrehumanas palabras los versos que envidiara Homero, escriba, en arrebató genial, el poema definitivo, digno de su gloria.

(1) Palabras de Caldas.

(2) José Joaquín Ortiz: *Bolívar, orador militar*.

Hubo otro libertador, hijo de Bolívar, que con el fuego de su palabra de tribuno, de poeta y de escritor, más bien que con su espada, que sólo fue pretexto para dirigir la contienda, alcanzó la emancipación de su patria: José Martí, el hombre de la palabra viva, que la llevó por todos los pueblos y la hizo subir "tan alto como las palmas".

*
* *

Quisiera para la lengua de Cervantes un pregón que se oyese a largas distancias, como el cuerno de Roldán; o un clarineo de gloria, sonoro, altivo, constante, como el cantar de esos gallos que incesantemente se oyen a lo largo del Poema del Cid.

Loor pues y gloria inmortal a la palabra viva que sacó de la nada al universo; que fulguró milagros en la Escritura por boca de Moisés y los profetas; que suministró los materiales para que se escribiera el libro de Job; que sonó apaciblemente en el sermón de la montaña; que hizo posible el milagro de los relatos evangélicos; que animó y pobló de alas y garras y cercó de relámpagos y espanto esa revelación de Juan llamada Apocalipsis; que por delegación divina inspiró a los hombres que crearon las obras maestras de la literatura universal; que envuelta en la clámide del derecho animó esos monumentos del *Fuero juzgo* y las *Partidas*; que hizo temblar al pecado y a la tiranía en los labios de los profetas y de los padres de la Iglesia; que inflamó la boca de los guerreros, en nombre de la libertad; que traspasó la historia de los pueblos con saetas de oro para marcar los hitos más imponentes del linaje humano; que enseñó a los niños en la escuela, y a los hombres en la otra escuela de la vida; que puso la oración en los labios de las vírgenes; que se refugió temblando en el sí de la desposada, ante el ara del altar; que originó este prodigio: *madre*, y esta aurora del alma: *amor*; y que se condensó como una lágrima en el *adiós* de los que fueron.

En la escuela, he dicho, y en verdad que el maestro, al hacer escribir en el papel o en la pizarra a los niños estas palabras: *Honra a tu padre y a tu madre*, está preconizando el dogma del amor, que es lo que salva a los hombres; y esas palabras vivas que con la luz se escapan por puertas y ventanas de la escuela para llevar mensajes de ternura al mundo, antes han penetrado como cuñas de fuego en el corazón de los niños, y han de dar su fruto de salvación, porque vendrán a erigir esa columna de luz, pero al mismo tiempo estable, la familia, sin la cual no tendría razón de ser el mundo, ni se explicaría su redención por un Dios.

Y en el Sermón de la Montaña, he dicho, porque allí el Maestro de los maestros hizo descender del cielo, para que luego subieran al Padre, desde el pecho anheloso de la humanidad, las palabras vivas de la oración dominical, que sonarán por todos los siglos.